

LA ÉPOCA PÚNICA

CARMEN ARANEGUI GASCÓ - HELENA BONET ROSADO- IVÁN FUMADÓ ORTEG - ELENA GRAU ALMERO
HICHAM HASSINI - M^a PILAR IBORRA ERES - GUILLEM PÉREZ JORDÀ

[3.1.] LAS CULTURAS PÚNICAS Y LA ÉPOCA PÚNICA EN
LIXUS. (C.A.G.)

INTRODUCCIÓN.

“A efectos étnicos, la distinción entre fenicios y púnicos no es pertinente ni operativa, y hoy pocos autores ponen en duda la continuidad tanto étnica como cultural entre las colonias fenicias de época arcaica y las ciudades púnicas de la segunda Edad del Hierro” (Ferrer, Álvarez 2009, 206).

Si esta afirmación sencilla y aceptable no llevara tras de sí un debate historiográfico todavía abierto, la precisión que estas líneas pretenden no sería necesaria. Historiadores de la Antigüedad, arqueólogos, filólogos, epigrafistas y numismáticos, han abordado desde ángulos diversos el significado del término púnico y su contextualización y de ese modo se ha llegado a un cierto grado de consenso acompañado de no pocas discrepancias. Que lo púnico tiene una connotación cronológica -lo fenicio tras la caída de Tiro en el 538 a.C.- y que su marco geográfico se desplaza, por consiguiente, hacia Occidente, no plantea hoy problemas al conjunto de los especialistas que, sin embargo, discuten sobre la vinculación (política, económica, cultural) a Cartago y sobre la homogeneidad o falta de ella que implica dicho término. En algunos casos ha habido intentos de búsqueda de algo *significativo* compartido por el conjunto de sociedades que siguieron desarrollándose del s. VI en adelante de acuerdo con la tradición fenicia. Desde posicionamientos esencialistas se ha hecho alusión a la religión a través de necrópolis y santuarios y, desde visiones economicistas, al nivel de desarrollo agropecuario, a la organización de su implantación territorial, a las acuñaciones monetales, a una determinada *facies* de cultura material, advir-

tiéndose la distinción entre el Mediterráneo central (Tunisia, Argelia, Sicilia occidental, Cerdeña) y el círculo del Estrecho, notablemente con Cádiz y su fachada atlántica, quedando Ibiza en una situación intermedia. Más allá del reconocimiento de estas áreas geográficas, no se han llegado a identificar claves culturales homogéneas en cada uno de los territorios que las componen. Esta parcelación ha dado lugar a la designación de lo púnico asociado a los pueblos en cuya geografía perduraron las antiguas ciudades fenicias. Se ha utilizado la denominación ibero-púnico, púnico-sardo, púnico-mauritano, etc., si bien en la actualidad esta terminología está en desuso porque prevalece el reconocimiento de la diversificación en sí como una característica de la tradición púnica, por encima de la combinación dual de culturas, que podría suponer un conflicto o pugna entre ambas.

Un hecho que distorsiona la apreciación de una estricta continuidad fenicia en lo púnico radica en que esta evolución aconteció en unas condiciones sociopolíticas que cambiaron en época clásica. En el Mediterráneo occidental, en concreto, estaba vigente entonces el modelo de organización social de jefaturas (Godelier 1998, 13-21) con que se instauraron las sociedades estructuradas, afianzadas a partir de los primeros contactos con Oriente. Se estaba configurando un mapa articulado que no puede explicarse sin tener en cuenta procesos de hibridación de alcance local o regional encaminados hacia el umbral de políticas urbanas, e incluso preestatales ocasionalmente, aunque en ningún caso hegemónicas. Dicho nivel de complejidad social exige que las minorías se reconozcan como parte de un todo poniendo en juego prácticas que trascienden los lazos de parentesco, lo que da lugar a que proliferen determinadas ceremonias selectivas marcadas por una ritualidad que deja algunas huellas arqueológicas (vajillas, alimentos, objetos artísticos, espacios construidos...).



3.1 Fig. 1.- Borde de ánfora cartaginesa T-5.2.3.1 hallado en Lixus.

La aparición en las fuentes clásicas de etnónimos compuestos, como libio-fenicios, y la proliferación de diferentes nombres de pueblos (etíopes, massyles, masaesyles, gétulos, libios, bereberes, númidas, moros...) y de etnónimos urbanos (gadiritas, lititanos, tingitanos...) en los periplos del Pseudo-Escílax o Hannón, o en Plinio, ratifica un panorama plural que, no siendo extraño a la tradición helenística, se generó en Occidente por razones muy distintas a las que concurrieron en Oriente. Así los púnicos occidentales se presentan tan diversificados como los nabateos, hasmoneos, judíos... del Oriente helenístico.

En este marco de segmentación territorial, sólo Cartago desplegó una política expansiva, con objetivos primordialmente militares dirigidos a eclipsar el poder de Roma, no por finalmente fallida menos atractiva para los historiadores (Barceló 2000) hasta el punto de que, para algunos autores, antiguos y contemporáneos, púnico equivale a cartaginés.

Para interpretar este panorama, por encima de las explicaciones convencionales, es decisivo tener en cuenta que esta cuestión de la diversidad se aborda en un momento, como el actual, de cambios de paradigma respecto a la reflexión acerca de los contactos entre culturas

(Wulff 2008, 11-50). No sólo el evolucionismo difusionista entró en crisis hace decenios sino que la postmodernidad ha insistido en la fragmentación del discurso explicativo (Foucault 2006) admitiendo la enorme complejidad de las percepciones de lo que se entiende por cultura. Esto ha llevado a una multiplicación de la problemática analizada pareja al desmentido de las categorizaciones. Los modelos difusionistas (historicismo, centro/periferia...) han dejado de ser satisfactorios y las posiciones post-colonialistas (van Dommelen 1998, 25-45) invitan a observar los efectos de los encuentros entre sociedades distintas a través de sus prácticas (Bourdieu 2000) y desde el lado de quienes asumen el cambio (Vives-Ferrándiz 2005). Bajo esta perspectiva no solo *los púnicos* se acogen a realidades que no son superponibles, sino que también *los fenicios* se diversifican en atención al entorno en el que operan (López Castro 2004, 147-167).

La cultura púnica en Marruecos.

En 1960 se publicó el *Marruecos Púnico* de Tarradell, "...sobre una época apasionante por representar la entrada en la historia de las tierras marroquíes y ser una de las bases de sus raíces históricas" (p. 8), presentación que ponía de manifiesto la concepción organicista de la secuencia histórica, común en aquel momento, así como la acepción de púnico como sinónimo de fenicio de Occidente, inaugurando el tratamiento de un tema marginal hasta entonces en la arqueología que se realizaba en Marruecos y, por lo tanto, innovador. A lo largo de sus páginas se deja sentir, por una parte, el magisterio de Cintas (1954), arqueólogo de Cartago que excavó también en Mogador, defensor, según lo entonces mayoritariamente admitido, de la influencia cartaginesa hacia el Magreb occidental y, por otra, una propuesta de Tarradell, hasta cierto punto discrepante, que consistía en reconocer la especificidad del círculo del Estrecho a la vista de lo que la arqueología revelaba en Occidente y, en particular, en Marruecos. Esta primera síntesis, que nuestro profesor juzgó prematura, se centró en la cronología del fenómeno fenicio-púnico derivada de las cerámicas, que marcaban entonces un desfase importante en relación a las fechas indicadas en los textos escritos. Se esforzó en dar la nómina de los yacimientos arqueológicos entonces conocidos, principalmente situados en el N de Marruecos, a excepción de Mogador (Jodin 1957, 9-40; 1966), yacimiento que presagiaba la gran ampliación de la navegación fenicia por el Atlántico africano. Y, finalmente, en presentar algunos de los materiales en su

contexto estratigráfico. Durante una docena de años Marruecos dispuso así de una sistematización, sin paralelos, de su cultura fenicio-púnica ya que, hasta entrados los años 1970, la atención prestada a esta etapa fue minoritaria. Los pocos protohistoriadores franceses que trabajaban en Marruecos, ante el hallazgo de cerámicas pintadas, por ejemplo, se inclinaban a valorar la influencia ibérica (Luquet 1964, 117-144; Jodin 2000, 341-348), de acuerdo con el supuesto de una relación étnica de los iberos con el N de África, o viceversa, muy arraigada en sus esquemas ideológicos (Gran-Aymerich 2006, 287-312; Cañete 2009) pero que Tarradell (1965, 19-34) dejó siempre al margen de sus razonamientos, tras asumir la crítica de las tesis africanistas.

Desde Marruecos se formuló por tanto el concepto del círculo del Estrecho (Tarradell 1959, 123-138; 1969, 221-232) en vigor hasta nuestros días. Se trata de un modelo que, aunque es evolucionista, contiene las novedades de mostrar un esquema circular que engloba a dos regiones complementarias en la dinámica de la colonización antigua, sin que ello ponga en cuestión el papel principal de Cádiz, y, especialmente, la innovación de colocar la geografía por encima de la etnia, en un momento en el que la investigación debatía acerca de los puentes o fronteras entre Europa y África.

Las excavaciones de Ponsich (1967; 1970; 1982, 429-444) fueron ampliando y mostrando la riqueza del panorama fenicio-púnico en las áreas de Tánger y Lixus, si bien no se vieron acompañadas de una reflexión histórica por su parte, siempre atendida, sin embargo, en los trabajos de Tarradell.

En consecuencia, la primera etapa de la investigación se saldó con la identificación de yacimientos y de cerámicas de engobe rojo, las únicas que merecieron unas páginas en el *Marruecos Púnico*, manteniéndose una cronología arqueológica que no remontaba el s. VII a.C. en ningún caso y que se extendía sin solución de continuidad hasta el periodo mejor conocido del antiguo Reino de Mauritania.

Este panorama quedó estancado hasta los años 1990, cuando el interés por las etapas prerromanas volvió a cobrar auge en Marruecos (VV.AA. 2001). En este momento se había convenido que lo que se llamó expansión atlántica de la colonización fenicia se databa en el s. VII (Aubert 1995, 51) y que dentro de la misma se entendía la implantación fenicia en Lixus, desfase cronológico que sólo ha sido rectificado y homologado a la colonización fenicia de la Península (s. VIII a.C.) después de nuestros trabajos, pioneros en dar dataciones de C^{14} y secuencias cerámicas en Marruecos. Las excavaciones del

S peninsular habían puesto asimismo de manifiesto el abandono de un buen número de establecimientos fenicios a mediados del s. VI a.C., de modo que esta fecha venía a indicar el inicio del horizonte púnico, con un replanteamiento de la ocupación de los antiguos territorios y un marcado protagonismo de determinadas ciudades en detrimento de otras.

La investigación sobre cerámicas fue avanzando en general con paso firme (Campanella 1999) y las ánforas (Ramon 1995) ocuparon en ella un papel fundamental (3.1 fig. 1), ligado al estudio de los tráficos comerciales, tan característicamente fenicio-púnicos. También las imitaciones de vajillas de barniz negro han llegado a dar tipologías y cronologías muy características del medio púnico occidental (Niveau de Villedary 2003; Kbir Alauoui 2007) de modo que éstas son las herramientas que posibilitan definir la cultura púnica en Marruecos, todavía escasa en necrópolis, santuarios o asentamientos, que, sin duda, irá aportando muchas novedades en fechas próximas, pues hoy despierta el interés de buen número de investigadores.

La púnica es también una etapa en la que perdura el uso de la escritura fenicia con su natural evolución grafológica, si bien el número de grafitos, generalmente sobre cerámica, es mucho más reducido que el que se conoce para la época fenicia, ya que todas las estelas, bien con textos púnicos o libio-púnicos, se deben fechar como muy pronto del s. II a.C. en adelante (Galand *et al.* 1966; Xella 1992, 137-143; Ruiz Carera 2005, 190-199).

[3.2.] LA GESTIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES.

Restos antracológicos (E.G.A.)

Para la época púnica hemos analizado 500 fragmentos de madera carbonizada donde se han identificado los mismos 13 taxones leñosos que para la época anterior, cuyas frecuencias se pueden observar en la siguiente tabla:

época púnica	UU.EE.		TOTAL	
	1156	1166	N	%
<i>Erica arborea</i>	12	18	30	6,00
<i>Fraxinus</i> sp.	9	8	17	3,40
<i>Leguminosae</i> sp.	16	15	31	6,20
<i>Olea europaea</i>	43	50	93	18,60
<i>Pinus pinea</i>	19	17	36	7,20
<i>Pistacea lentiscus</i>	37	48	85	17,00
<i>Populus</i> sp/ <i>Salix</i> sp	8	9	17	3,40
<i>Quercus ilex</i>	21	26	47	9,40
<i>Quercus ilex - coccifera</i>	24	24	48	9,60
<i>Quercus suber</i>	18	16	34	6,80
<i>Rhamnus</i> sp.	7	5	12	2,40
<i>Rosaceae</i> sp.	22	18	40	8,00
<i>Ulmus</i> sp.	4	6	10	2,00
TOTAL	240	260	500	100

Se puede observar cómo la frecuencia relativa de todos los tipos de *Quercus* perennifolios decrece pasando de un total de 51,26% en época fenicia a un 25,8%. Esto indicaría un clareo de los encinares y alcornoques y un aumento del matorral de donde se proveerían de la leña necesaria como combustible de hogares y hornos tanto domésticos como artesanales propios de esta época.

La apertura de los bosques a favor de campos de cultivos y de zonas para pastos parece quedar reflejada en estos resultados. Dicha apertura pudo conseguirse a partir de incendiar la vegetación leñosa permitiendo la aparición de buenos pastizales para uso ganadero. El

ganado se alimentaría, pues, en los espacios deforestados y no cultivados. Agro y monte funcionarían, de esta manera, como dos elementos de un solo sistema cuyo equilibrio será fundamental y sin cuya consideración es difícil comprender la ecología del paisaje mediterráneo. La persistencia de la presión humana sobre el medio favoreció la degradación de los bosques de *Quercus* esclerófilos y su sustitución por matorrales de tipo maquia o monte bajo con zonas cubiertas de pinares.

Los restos carbonizados de *Olea europaea* y de rosáceas alcanzan el 26,6% del total, muy probablemente se trate de restos de la poda de olivos y otros frutales que se transportarían como leña a los hogares de los ligitanos. Como hemos comentado en el capítulo anterior, las rosáceas identificadas pueden formar parte de la orla espinosa del sotobosque o bien pertenecer a almendros, manzanos, perales, ciruelos, etc., que se desarrollarían en los campos o huertos de cultivo, así como también podrían ser parte de jardines dado su carácter ornamental y al mismo tiempo práctico, ya que proporcionarían frutos.

Restos paleocarpológicos (G.P.J.)

De esta fase se han analizado 5 muestras, con un volumen total de 50 l, habiéndose recuperado en todas ellas restos carpológicos (fig. 1). Se trata, con excepción de la U.E.1156, no obstante de muestras en general muy pobres y con una escasa diversidad de taxones. Los tipos de UU.EE. muestreados corresponden en todos los casos a niveles de relleno.

Los materiales recuperados son tanto especies cultivadas, como silvestres. Las primeras se agrupan en dos grupos, cereales y leguminosas. Entre los primeros, que son los más frecuentes ya que aparecen en el 80% de las muestras, sólo hemos constatado cariósides de trigos desnudos. En ningún caso nos encontramos ante concentraciones, siempre material disperso. No se han recuperado desechos de trilla, por lo que estamos en todos los casos ante materiales ya totalmente procesados para su consumo, sin que constatemus en este área las fases de procesado previo (trillado, aventado, cribado). Proceso que, como es habitual en el mundo mediterráneo, se realiza en el exterior de los asentamientos, bien en los mismos campos o en las eras ubicadas alrededor del mismo.

Las leguminosas sólo están representadas por un frag-

Cronología ue	V-IV	V-III		IV-III	III-II
	1156	1040	1041	1037	1153
Tipo UE	rell.	rell.	rell.	rell.	rell.
vol L.	10	10	10	10	10
<i>Triticum aestivum-durum</i>		1	1		
<i>Hordeum/Triticum frag.</i>	1		4		4
Leguminosa					x
<i>Lolium temulentum</i>				1	
<i>Malva sp.</i>					3
<i>Phalaris sp.</i>	8				1
nº restos	8	1	1	1	3
densidadx10 l.	8	1	1	1	3
taxones	2	1	1	1	3

3.2 Fig. 1. Restos recuperados

mento que no nos permite definir el género al que pertenece. Y carecemos de restos de frutales. Las especies silvestres documentadas son un conjunto de herbáceas que suelen desarrollarse como malas hierbas en los campos de cereales (*Lolium temulentum*, *Malva* y *Phalaris*).

Los niveles púnicos de este área presentan alguna diferencia respecto a lo que pudimos observar en los otros dos sectores excavados con anterioridad (Grau *et al.* 2001, Pérez Jordà 2005). En aquellos existía un equilibrio entre las dos especies más frecuentes de cereales, trigos desnudos y cebada vestida, y por primera vez se constataba la presencia de cereales de ciclo corto, el panizo (*Setaria italica*). En este caso por el contrario la única especie documentada son los trigos desnudos.

Con una muestra tan reducida como la que contamos actualmente para esta fase es difícil confirmar si hay una tendencia a un progresivo incremento del peso de los trigos, como ya se podía intuir en los momentos finales de la fase fenicia, e igualmente en las fases posteriores mauritanas. Este predominio de los trigos desnudos ya hemos comentado que pensamos que se explica por las buenas condiciones de los suelos de la cuenca del Loukkos (Cereceda 1914). Las muestras de esta área están asociadas a un gran edificio que se interpreta como un almacén, pero, aunque resultaría sugerente asociar la presencia exclusiva de los trigos desnudos, el cereal más apreciado, con el producto centralizado en este almacén, creemos que nos faltan elementos para defender esta posible relación.

La presencia de leguminosas, escasa como es habitual, se reducía a las guijas y a las habas. Mientras que entre los frutales se documentó la vid y el granado. Al mismo tiempo ya planteamos la posibilidad del cultivo del lino, especie que tanto puede estar destinada a la alimenta-

ción, a través de la obtención de aceite, como a la fabricación de tejidos con sus fibras (Pérez Jordà 2005). Esta presencia ha podido ser igualmente constatada en una fase anterior, en el s VIII en el yacimiento nómada de Althiburos (Tunisia) (Valenzuela *et al.* 2009), habiendo comprobado en este caso su aparición constante en la secuencia a partir de este momento y con unas frecuencias destacadas.

Los datos actuales nos confirman el mantenimiento de una agricultura diversificada basada en los tres grupos de cultivos que ya se definieron en la fase fenicia, los cereales, las leguminosas y los frutales. A ellos habría que añadir la posibilidad comentada de un nuevo grupo de cultivos que se podrían caracterizar como artesanales, que pueden estar destinados a la elaboración de derivados, como es el caso del aceite o del tejido.

El estado actual de la investigación no nos permite plantear la existencia o no de producciones que estuvieran orientadas a su comercialización, ya que actualmente resulta difícil valorar la función de esta área de almacenamiento y tampoco conocemos lagares o almazaras que nos permitieran pensar en una producción de aceite y vino enfocada al comercio. Este hecho sí que parece detectarse en ámbitos púnicos en el Mediterráneo occidental, tanto en yacimientos de la Península Ibérica (Iborra, Pérez e.p.) como en la isla de Cerdeña (van Dommelen *et al.* e.p.). En ambos casos centrados en la producción de frutales y principalmente en la elaboración de vino. En Lixus, si existiera una orientación comercial de la producción agraria, es posible que se orientara a los cereales, por la calidad de los suelos de la cuenca del Loukkos. En esta línea se podría pensar que el progresivo incremento del peso de los trigos vestidos, junto a la aparición de los cereales de primavera podría



3.2 Fig. 2.

ser un indicio en este sentido, aunque estas hipótesis necesitarían para ser confirmadas, un conocimiento de los yacimientos que se ubiquen en el entorno de éste y de grandes estructuras como graneros o silos que nos permitieran valorar la capacidad de producción.

El estudio faunístico (M^aP.I.E.)

El conjunto de restos analizados de la época púnica lo forman 351 huesos y fragmentos óseos, que pertenecen a las siguientes especies: bovino (*Bos taurus*), oveja (*Ovis aries*), cerdo (*Sus domesticus*) y caballo (*Equus caballus*) (tabla 3).

La especie mayoritaria es el bovino, seguida por el cerdo y por los ovicaprinos, mientras que los restos de caballo son escasos. Las especies se sacrifican tanto a edad adulta como infantil. La única excepción es el caballo, ya que los huesos del único individuo que está presente en la muestra pertenecen a un ejemplar adulto.

Sobre los huesos se advierte la presencia de marcas de descuartizado, como la que podemos observar sobre la cuerna de un carnero (3.2c fig. 2), también hay fracturas que han seccionado las unidades anatómicas en porciones menores, así como marcas de desarticulación y descarnado. La presencia de mordeduras de carnívoros es escasa.

ss. V-III aC					
Tabla 3	NR	%	NMI	grms	%
<i>Bos taurus</i>	164	55,4	4	6336	86,9
<i>Ovis aries/Capra hircus</i>	27	9,1	2	458,7	6,3
<i>Ovis aries</i>	16	5,4	2		
<i>Sus domesticus</i>	87	29,4	7	433,2	5,9
<i>Equus caballus</i>	2	0,7	1	60,2	0,8
NR identificados	296		16	7288	
Meso mamíferos	10			40	
Macro mamíferos	20			159	
NR no identificados	30			199	
NR TOTAL	326			7487	

[3.3.] ARQUITECTURA Y MATERIALES ARQUEOLÓGICOS.

Arquitectura (C.A.G., I.F.O.)

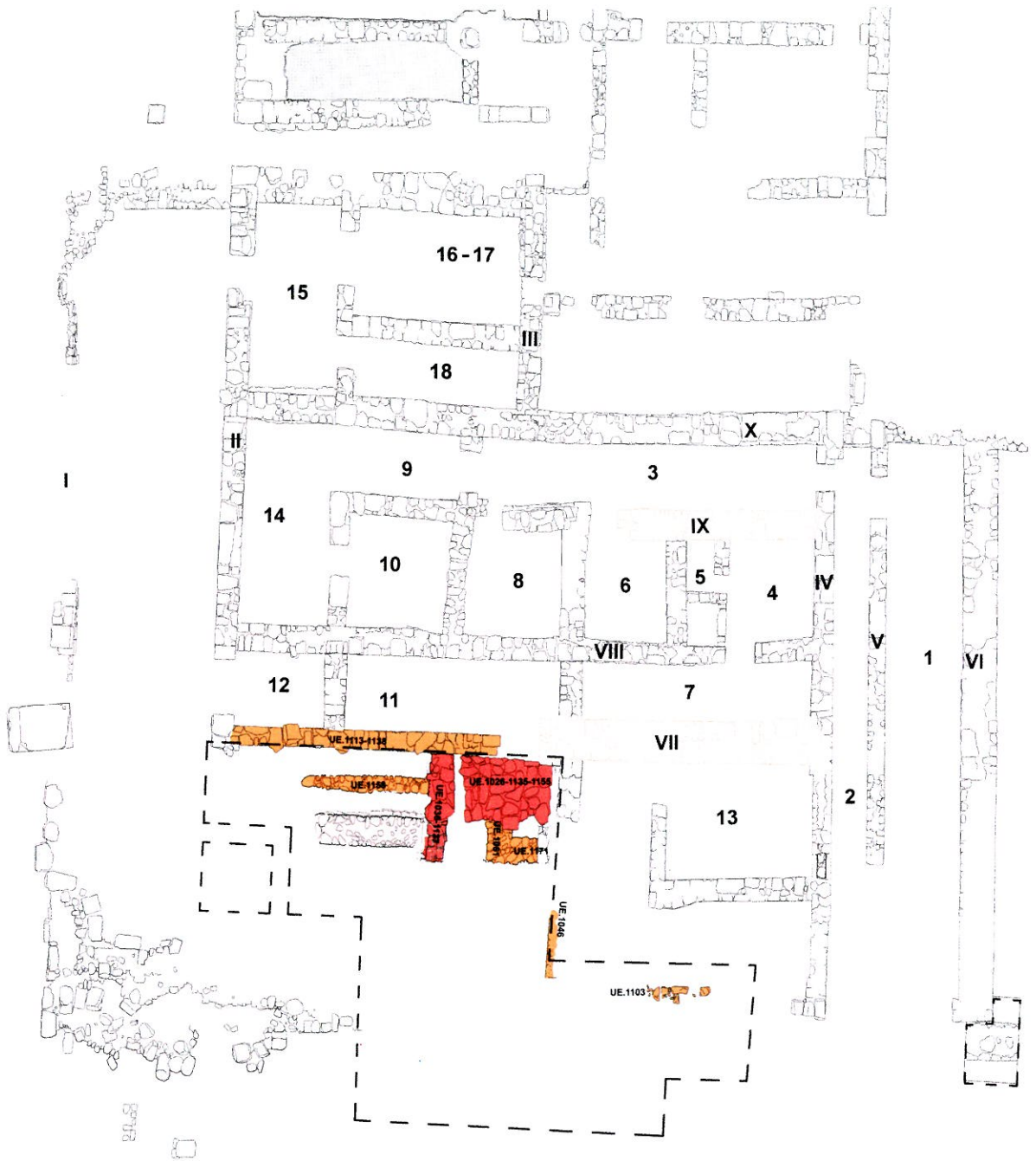
Como ya sucediera en anteriores sondeos practicados en Lixus, la fase constructiva púnica es de reducida extensión y potencia. No obstante, al S de las Cámaras Montalbán se han documentado el aprovechamiento de estructuras preexistentes (UU.EE.1061 y 1171) (3.3 fig. 1) añadiéndose el murete U.E.1158 (E-O) que presenta una zapata poco destacada a partir de la cota de -2,60 m y un alzado de mampuestos medianos trabados con tierra de 0,55 m de espesor, tal vez destinado a soportar postes o pilares para un soportal o cobertizo delante del edificio (U.E.1113-1138). Estas estructuras están en uso entre los ss. V y IV a.C. aunque su espacio no puede ser enteramente definido con los datos obtenidos dentro de los límites de nuestra excavación. A esta primera fase púnica pueden atribuirse otras estructuras, no excavadas hasta su base por evitar riesgos de derrumbamiento, como la parte profunda del muro U.E.1113-1138, de bloques medianos de duna local ligeramente desbastados y encajados entre sí con tierra y paralelepípedos que favorecen una cierta regularidad en las hiladas, como es típico de la obra C, si bien su lienzo ofrece un aspecto que recuerda la posterior obra B (3.3 fig. 2). Como no se ha excavado la base de la cara N de este muro, no se ha podido determinar su anchura inicial aunque el aspecto robusto de su paramento y su considerable longitud (al menos 11,50 m documentados actualmente) hacen pensar que, junto con otros muros hallados por Montalbán y Tarradell en el interior de las Cámaras Montalbán, principalmente el IX así como seguramente el VII –todos ellos con recrecimientos posteriores–, formaría parte de un edificio extenso, de una

entidad que hasta el momento no se había documentado para la fase púnica en Marruecos.

En una segunda fase centrada en el s. III a.C. tuvieron lugar importantes cambios. Se acondicionó un resistente pavimento (U.E.1026-1135-1155) (15 m² conservados) de losas de duna consolidada local, irregulares y de mediano tamaño encajadas con otras más pequeñas, con un espesor de hasta 0,30 m, adosado a la cara S de U.E.1138, instalado a partir de una cota de -2 m, el cual amortiza y cubre los muros UU.EE.1158, 1061 y 1171, pero está en uso con UU.EE.1138 y 1046 que lo delimitan por el N y E respectivamente, sin que sea posible delimitarlo por el O y el S, donde un enlosado U.E.1103, muy mal conservado, corresponde también a esta fase, porque intervenciones posteriores eliminaron estos vestigios. Este pavimento se relaciona también con muros de nueva construcción como U.E.1036-1137 (N-S), compuesto por mampuestos medianos y grandes de caliza local y duna consolidada, ligeramente careados y trabados con tierra y casquijo, que alcanza los 0,90 m de espesor. La escasa altura a la que se ha conservado U.E.1036-1137, a partir de su zapata a una cota de -2,45 m, ha consentido registrar tan sólo una hilada por encima del enlosado U.E.1026-1135-1155, lo que no permite pronunciarse sobre su asimilación a alguna de las obras identificadas en las Cámaras Montalbán.

A pesar del reducido registro arqueológico del que disponemos, la configuración urbanística de este sector del Chumis, muy determinada por la orografía, parece haberse organizado ya desde la época fenicia atendiendo a la diferencia de cotas del nivel de base entre el N y E por un lado, y el S y O, por el otro.

Así, los restos que podemos adscribir a la segunda fase púnica sugieren que nos encontramos en un punto intermedio entre un área al SO, a una cota inferior en relación al área NE, más elevada. De este modo el



3.3. Fig. 1. Planta arquitectónica de la época púnica



3.3. Fig. 2. Fotografía del enlosado UU.EE.1026-1135-1155 y de los muros presentes en la fase púnica.

empedrado podría indicar aquí un acceso no techado desde la zona baja del yacimiento hacia las Cámaras Montalbán.

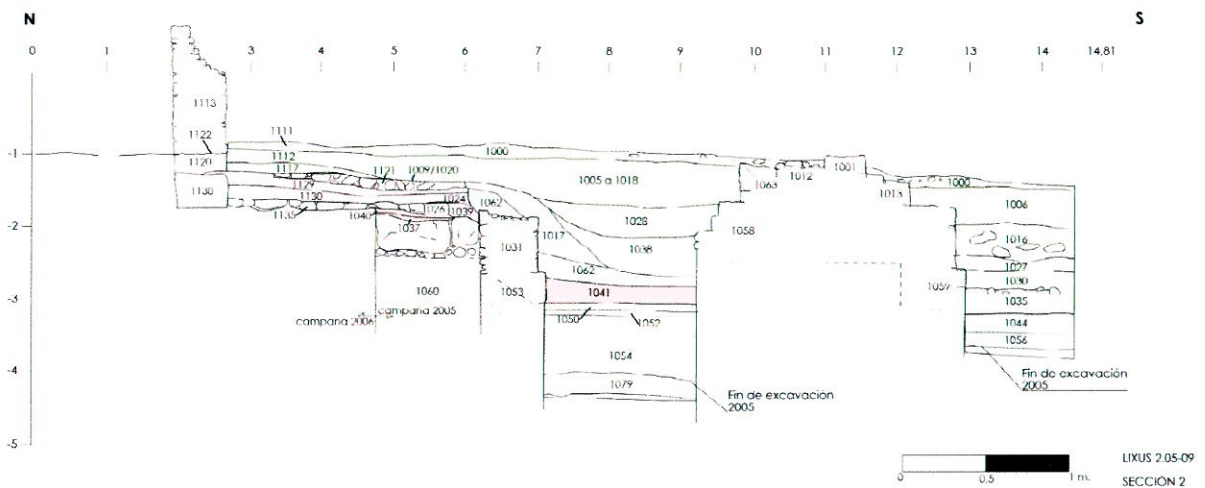
Con estos elementos (3.3. fig. 3) resulta aventurado concluir la funcionalidad de los espacios excavados, si bien todo parece indicar que durante la época púnica se acometieron las obras necesarias para renovar las instalaciones heredadas en este punto desde la fase fenicia.

Estratigrafía y materiales arqueológicos

Introducción (C.A.G., H.B.R.)

Entre 2000-2003 ya se definió un nivel de ocupación púnica, fechado entre el 325 y el 225/200 a.C. y, por tanto, anterior a la gran fase constructiva mauritana, causante de su deficiente conservación. A pesar de la reducida extensión y potencia de los estratos púnicos, el material permitió entonces distinguir las cerámicas pintadas, comunes y de cocina que acompañan en este contexto a las de barniz negro y a las ánforas. El estudio de las importaciones de vajilla, tanto las cerámicas áticas como las campanienses primitivas y antiguas, mostraba la escasa presencia de cerámicas atribuibles con precisión al s. IV, lo que estaba indicando que se trataba de piezas residuales de un nivel mal conservado en la ladera sur (v. *Lixus-2* 2005, 141-153).

Sin embargo, en las excavaciones realizadas después en la parte superior del cerro, junto a las Cámaras Montalbán, se ha documentado mejor la ocupación púnica, entre los niveles fenicios y mauritanos, con restos constructivos y niveles de ocupación bien datados por el material arqueológico (3.3. figs. 1 y 3).



3.3 Fig. 3.- Sección 2 de la zona excavada.



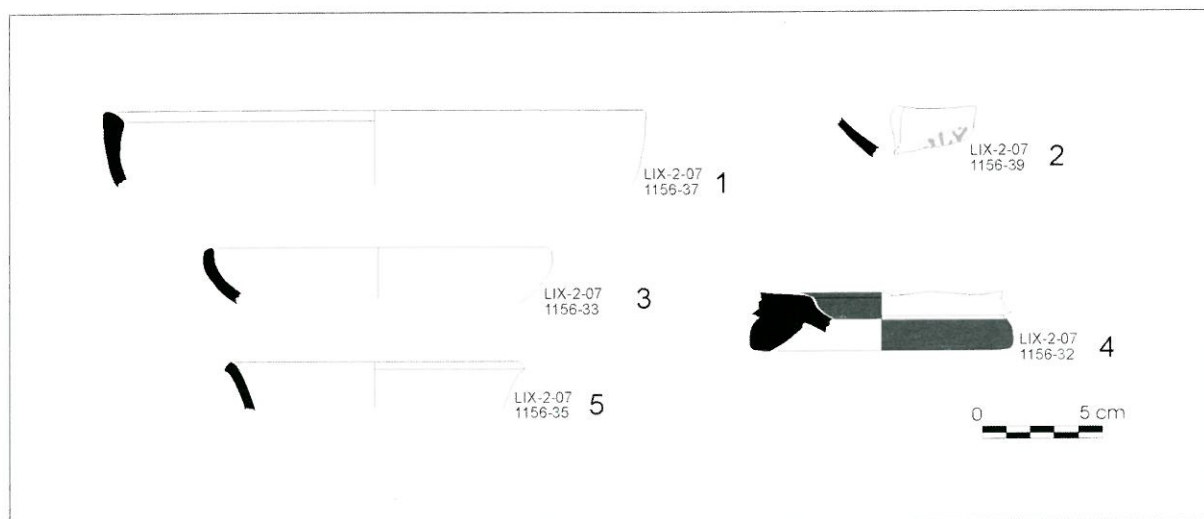
3.3 Fig. 4: Nivel púnico. Cerámicas áticas: 1 y 3 E.U.1041; 2 U.E.1156; 2 U.E.1037.

La primera fase púnica (ss. V-IV a.C.) (C.A.G., H.B.R.).

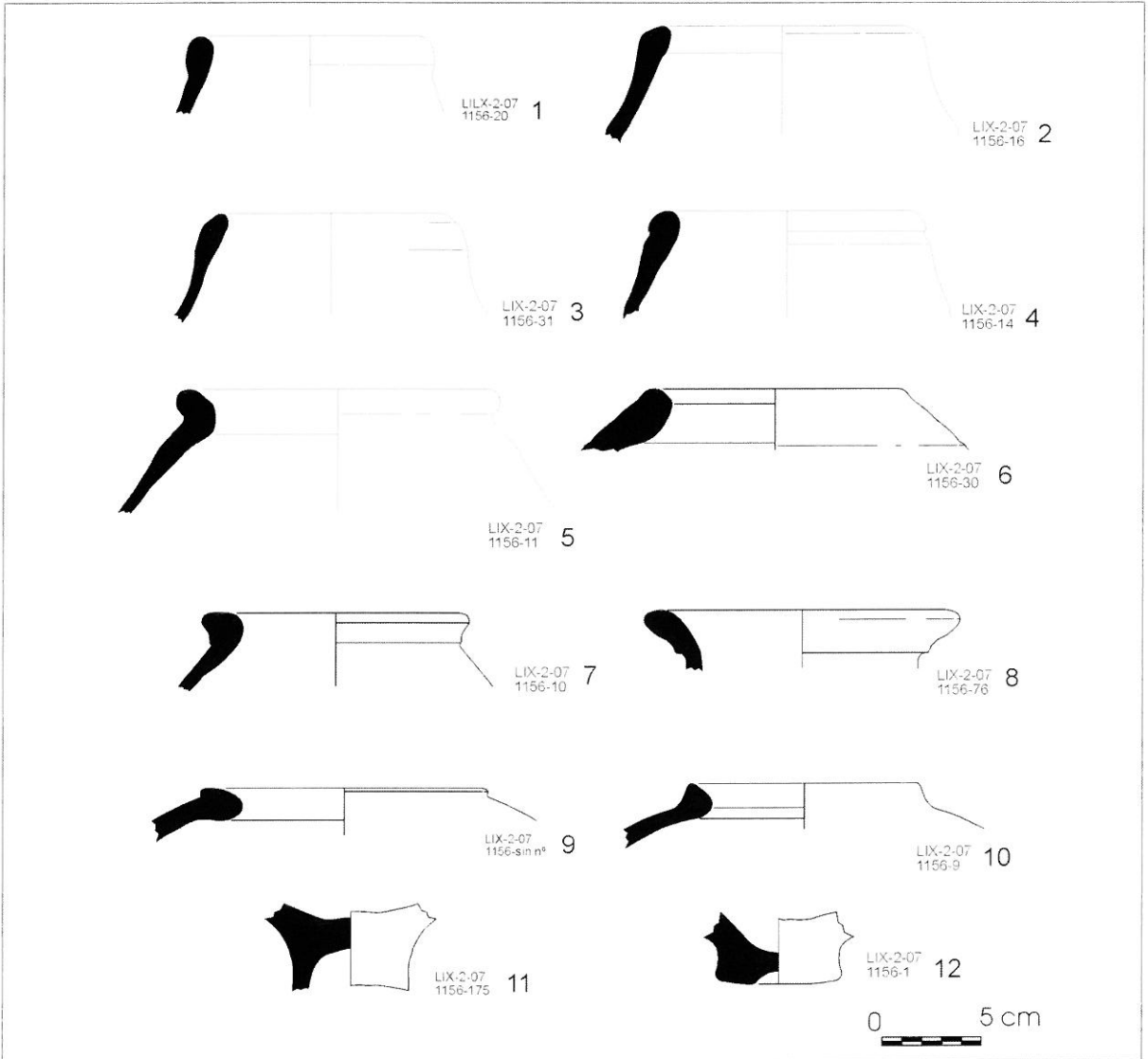
A esta fase corresponden los muros UU.EE.1138, 1158 y 1046, además de reutilizarse las estructuras pre-existentes UU.EE.1061 y 1171 y las UU.EE.1156-1157-1159 y 1160 que proporcionaron una cronología

relativa y secuencial de las distintas fases constructivas del sector (v. 1.4 fig. 18 y 3.3 fig. 3).

La U.E.1160 es un reducido estrato arcilloso de color gris oscuro que fecha el inicio del nivel púnico y el muro U.E.1158, al que se adosa. Se asienta sobre los niveles fenicios y está cortada por la U.E.1159, que es la trinchera de fundación del muro 1138 (bajo 1113). Es un estrato de gran interés pues aunque contiene todavía, de forma residual, platos y cuencos de barniz rojo, cerámica a mano y ánforas fenicias T-10.1.2.1, la presencia de un ánfora T-12.1.1.1 y la ausencia de cerámicas áticas marca una fecha *post quem* del s. V a.C. para este estrato y para el muro U.E.1158, atendiendo al comportamiento de los materiales cerámicos que observamos en Lixus. Se establece por tanto una secuencia cronológica que sitúa primero 1160 + 1158 y después 1159 + 1138 que aporta, por primera vez, la fecha estratigráfica de la fachada meridional de las Cámaras Montalbán. Desgraciadamente U.E.1159 no proporcionó ningún material arqueológico datable. Sin embargo el hecho de estar sellada por la U.E.1157 lleva a establecer una cronología relativa entre U.E.1160 (s. V) y U.E.1157 (s. IV). Efectivamente, las UU.EE.1156 y 1157 presentan unos materiales característicos de la primera fase púnica, con una relativamente fuerte ocurrencia de cerámicas áticas del s. IV y ausencia de barniz negro del III y de campanienses A, lo que daría una fecha final de este nivel hacia finales del s. IV a.C., tal vez hasta el tránsito al III a.C., datación por el momento del edificio que perduró con el nombre de Cámaras Montalbán.



3.3 Fig. 5: Nivel púnico. Cerámicas áticas. U.E.1156

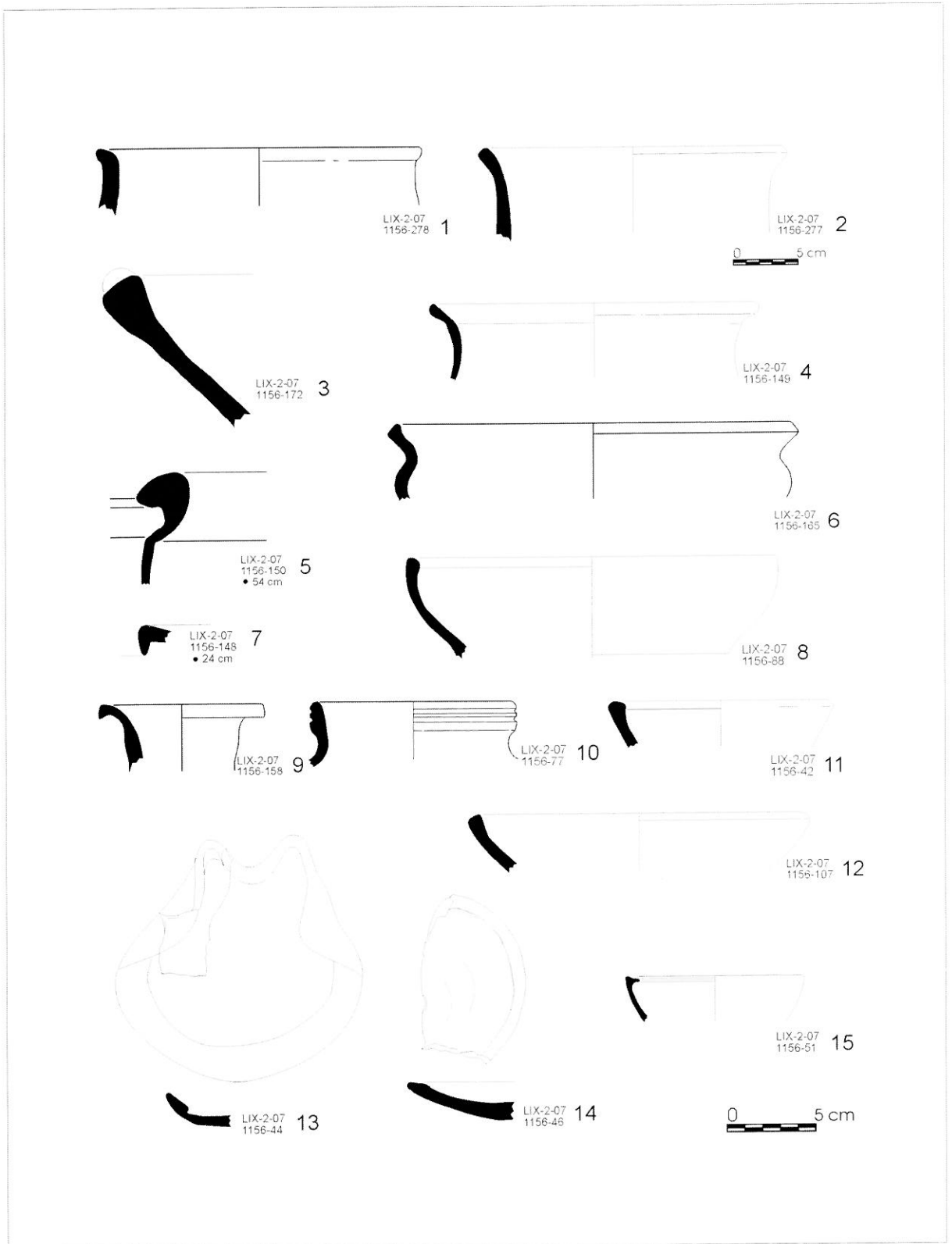


3.3. Fig. 6: Nivel púnico. Ánforas. U.E.1156

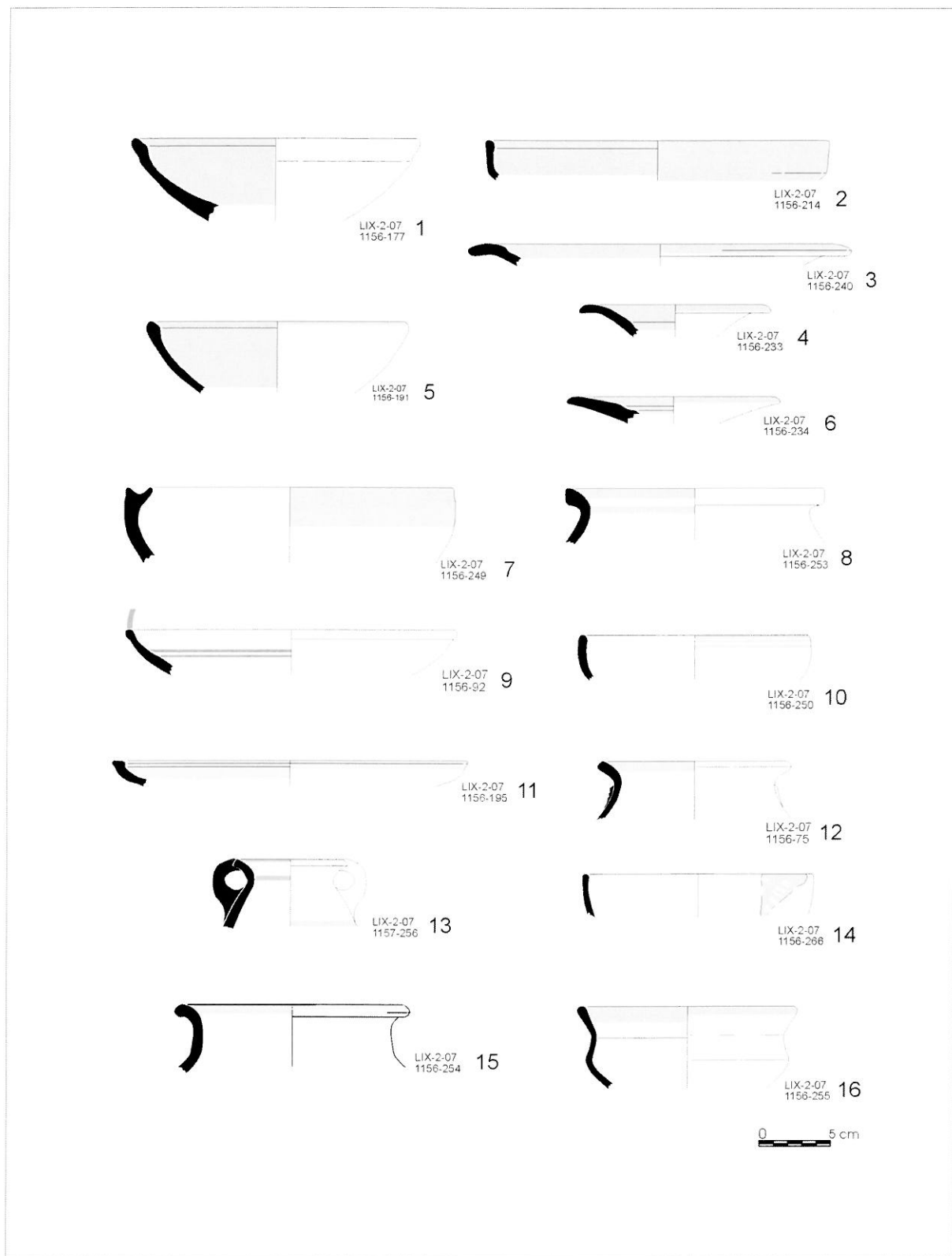
La U.E.1156 es el estrato que mejor representa esta fase a nivel de cultura material. De una potencia media de 0,70 m, de tierra negra mezclada con piedras de pequeño tamaño y con zonas de tierra de un aspecto más arcilloso y compacto, con algunos sectores quemados. Estratigráficamente y cronológicamente se corresponde con la U.E.1157, pequeño paquete de tierra amarillenta y abundantes piedras de pequeño tamaño, de unos 0,80 m de amplitud y unos 0,20 m de potencia, que se localiza al otro lado del muro 1158. El interés de estas unidades es doble: por un lado, como es habitual en los rellenos de abandono, destaca por la abundancia de material orgánico, con numerosos restos de

fauna y malacofauna que posibilitan recrear el paleoambiente de este periodo. Por otro lado, el conjunto de material cerámico es, hasta la fecha, el mejor exponente del s. IV en Lixus. Ambos estratos corresponden al relleno que amortiza el primer nivel de ocupación púnica, sellado por el pavimento de grandes losas U.E.1026-1135-1155 que inaugura el segundo periodo púnico.

Dentro de la categoría de cerámicas griegas del primer nivel, corresponde a la U.E.1156 un pequeño fragmento de figuras rojas (3.3. fig. 5, 2 y fig. 4, 2), que podría pertenecer a un kylix. Esta producción compete con las cerámicas áticas de barniz negro, con una



3.3 Fig. 7: Nivel púnico. Cerámica común. Barniz negro tipo Kuass n° 10. U.E. 1156



3.3. Fig. 8: Nivel púnico. Cerámica de engobe rojo (nº 1-6) y cerámica pintada (nº 7-16). U.E. 1156.

mayor presencia -formas Lamb. 21 (3.3 fig. 5, 1 y 3), Lamb. 23 (3.3 fig. 5, 4), un bolsal (3.3 fig. 5, 5) y un pie de kylix-. En cuanto al barniz negro tipo Kuass, se repiten las formas Lamb. 21 y 23 a las que se añade un ejemplar de imitación de barniz negro con engobe gris (3.3 fig. 7, 11).

El panorama de las ánforas ofrece un abanico más amplio con ejemplares fenicios T-8.1.1.1, G-10.0.0.0, T-10.1.1.1 y T-10.1.2.1 hasta piezas encuadrables entre los ss. V-IV como son dos pivotes de ánforas griegas indeterminadas (3.3 fig. 6, 11 y 12), tal vez samias, y ánforas del círculo del Estrecho de T-11.2.1.3, T-11.4.2.2 (3.3 fig. 6, 10), T-12.0.0.0., T-12.1.1.1 (3.3 fig. 6, 1, 2, 3 y 4), T-12.1.2.1 y Pellicer D (3.3 fig. 6, 6 y 9). Otras ánforas son difíciles de adscribir a una tipología o a un área de producción concreta (3.3 fig. 6, 7, 8 y 9), reflejo de la variedad de recipientes comerciales de este periodo.

La cerámica común es similar a la de las campañas 2000-2003. Se caracteriza por sus pastas duras con desgrasante fino y mediano, de colores claros con tonos que oscilan entre marrones claros hasta blanquecinos (Bonet *et al.* cit. 146). Con una presencia mayoritaria respecto al total cerámico, los tipos más frecuentes son cuencos de borde reentrante y engrosado (3.3 fig. 7, 8, 12 y 15) y formas cerradas, como las urnas y tinajas de cuellos altos o salientes (3.3 fig. 7, 4, 9 y 10). Completan el repertorio tipológico de esta producción, un plato de pescado (3.3 fig. 7, 7), un pequeño cuenco o fuente de perfil en S (3.3 fig. 7, 6), lucernas de pico (3.3 fig. 7, 13 y 14), lebrillos (3.3 fig. 7, 5) y un mortero (3.3 fig. 7, 3).

Ya señalamos igualmente (Bonet *et al.* cit., 144) la importancia en los niveles púnicos de la cerámica pintada que empieza a tomar importancia ya en este estrato del s. IV, con pastas bastante homogéneas, como se ha visto en los análisis realizados en las distintas calidades de cerámicas con decoración pintada de Kuass (Kbiri Alaoui 2007, 108-110). La decoración, de color marrón rojizo, se reduce a bandas y filetes en el borde y en el cuerpo de las urnas y platos y sólo un cuenco (3.3 fig. 8, 14) presenta una decoración de cuadrícula. En cuanto a las formas, todas ellas también recogidas en los talleres de Kuass, destacan los cuencos hemisféricos y abiertos (3.3 fig. 8, 7, 9, 10 y 14), uno de ellos carenado (3.3 fig. 8, 16), seguido de formas cerradas como son las ollas y urnas (3.3 fig. 8, 8, 12, 13 y 15).

Un tema digno de especial consideración es una producción de engobe rojo tardío, de clara tradición fenicia, característica de los ss. V-IV a.C. Se trata de un engobe

que no hay que confundir con el engobe rojo fenicio y que habría que emparentar con el engobe rojizo tipo Kuass. Kbiri Alaoui (cit., 101-106) define las calidades de esta producción, poco conocida para el periodo que nos ocupa. Así, junto con platos de engobe rojo fenicio residuales de los niveles inferiores (3.3 fig. 8, 3, 4 y 6), observamos formas propias de los ss. V-IV, como son los cuencos en forma de casquete (3.3 fig. 8, 1 y 5) o los cuencos muy abiertos (3.3 fig. 8, 2), que pueden ir barnizados por una sola superficie o por ambas. Como hemos visto, esta misma forma está representada en la categoría de cerámica pintada con bandas y filetes. Acompañando este barniz rojo púnico, o tardío, está la cerámica a mano también muy frecuente en ollas (3.3 fig. 7, 1 y 2), cazuelas y cuencos.

Junto a estas cerámicas se recuperaron fragmentos pequeños de huevo de avestruz, uno de ellos con restos de pintura rojiza. Más extraordinario resultó ser el hallazgo de un alisador (Lix. 2 07 1156-1), mano de mortero o similar, de basalto y completo (long. 0,12 m; h. 0,065 m; peso 332,4 g) (3.3 fig. 9), la parte superior del cual adopta la forma de un elefante echado cuya trompa deja un orificio, tal vez para facilitar su suspensión. En el Museo de Tetuán se conserva una pieza (inv. núm. 423/78) del mismo tipo y materia pero algo más pequeña (long. 0,10 m; h. 0,06 m; peso 178 g) en forma de león (3.3 fig. 10), que, como el elefante, está echado y presenta rasgos esquemáticos, por lo que podría atribuirse al mismo taller. Es seguro que este pequeño león procede de las excavaciones de Montalbán ya que una de las láminas conservadas en el citado museo la reproducen (v. cap. 1, fig. 1.3). Apenas hemos encontrado referencias bibliográficas para estos utensilios. Tal vez un oso aparentemente de similar tamaño que nuestros ejemplos, recuperado en un sector indeterminado de Cartago por Delattre, expuesto en 1874 en el Museo de Saint-Louis e ilustrado en una antigua publicación, sin mayor comentario (Reinach, Babelon 1876, lám. II), pueda pertenecer a este tipo de piezas. La posibilidad de que se trate de pesas de balanza no se confirma al no encontrar equivalencias púnicas (Barresi 2007) para el peso respectivo de los hallazgos de Lixus

La segunda fase púnica (s. III - principios del s. II a.C.) (H.B.R.) (3.3 fig. 3)

Corresponde a la construcción del pavimento de grandes losas (U.E.1026-1135-1155) datado para su momento inicial por las UU.EE.1040 y 1039 y amortizado por las UU.EE.1130 y 1024.



3.3. Fig. 9. Nivel púnico. Mano de mortero, o alisador, de basalto con elefante en relieve. U.E.1156.

3.3. Fig. 10. Nivel púnico. Mano de mortero, o alisador, de basalto en forma de león (Museo de Tetuán).U.E.1156.

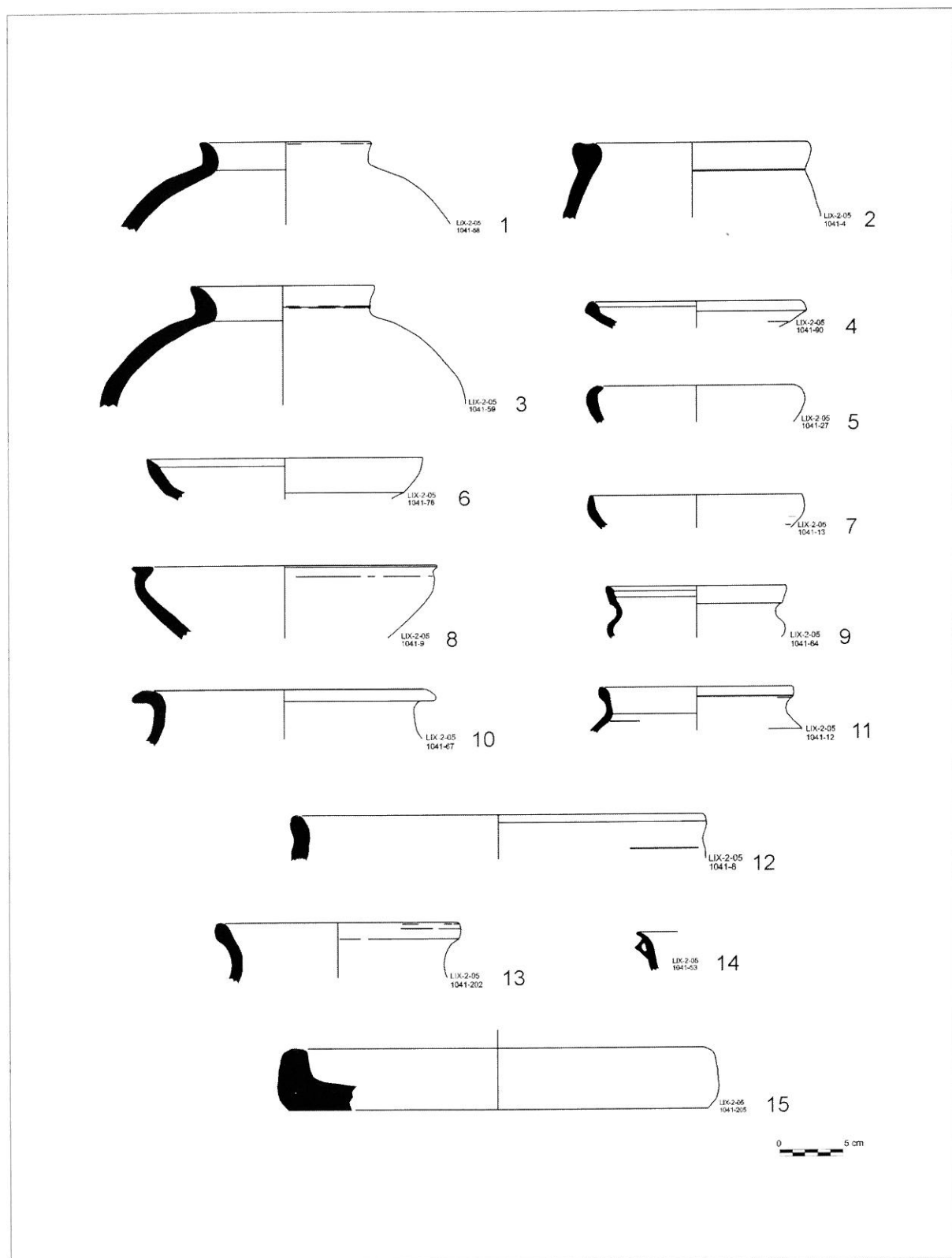
Por otro lado, la U.E.1041 es una de las de mayor potencia de la ocupación púnica en este sector. Es un nivel de tierra grisácea y compacta, sin piedras, situado al S del muro U.E.1031 y bastante afectado también por una zanja de cimentación de época augustea (UU.EE.1017, 1038 y 1062). Está separado del pavimento de grandes losas por el gran aterrazamiento U.E. 1031 con zapata U.E.1053, mauritano, que cortó toda la secuencia púnica (v. 1.4 fig. 18 y 3.3 fig. 3). Por todo ello es de gran interés estratigráfico. Todas estas interferencias constructivas podrían explicar algunos materiales intrusivos en U.E.1041, desplazados tanto del nivel inferior fenicio como del mauritano superior.

El repertorio de ánforas abarca, de este modo, desde ánforas fenicias (3.3 fig. 11, 1 y 3), hasta las producciones cartaginesas y del círculo del Estrecho propias de los ss. IV hasta inicios del II a.C., como son las ánforas T-5.2.3.1, T-7.4.2.1, T-7.4.3.1, T-8.1.1.2, G-12.1.0.0., T-12.1.1.1, además de un ejemplar de ánfora turdetana (3.3. fig. 11, 2). El barniz negro está presente solo de forma puntual con 3 fragmentos áticos, sin forma (3.3 fig. 4, 1 y 3), BN de Cales y Campaniense A, mientras que las cerámicas de imitación de barniz negro y rojizo tipo Kuass cuentan con 8 piezas distribuidas en platos, 2 de labio pendiente (3.3. fig. 12, 14 y 15), cuencos, alguno muy abierto con engobe gris a modo de banda en el borde (3.3 fig. 12, 12), un lebrillo y una forma cerrada. La cerámica

común repite las formas abiertas, con cuencos, platos (3.3. fig. 11, 4, 5, 6 y 7) y lebrillos (3.3. fig. 11, 8), junto con formas cerradas, como las urnas y ollas (3.3 fig. 11, 9, 10 y 11), una tinaja de boca muy amplia (3.3 fig. 11, 12) y jarras, sin que falten las lucernas de pico.

La cerámica pintada de bandas y filetes de color marrón-rojizo, ya comentada en la fase anterior, mantiene las mismas características en cuanto a calidades de pastas pero se aprecia una evolución en determinadas formas, como los cuencos. Éstos son cada vez más abiertos, de ahí que se designen más bien como platos de borde reentrante, que son muy similares a los platos de engobe rojo púnico de este mismo nivel pero, a diferencia de éstos, se decoran con bandas y filetes (3.3 fig. 12, 2, 7, 9 y 11). Aunque menos frecuentes, también empiezan a ser característicos del s. IV a.C. los platos de ala, algunos de ellos con decoración bicroma (3.3 fig. 12, 8). Les siguen en número las formas cerradas (3.3 fig. 12, 6 y 10).

Como en el nivel 1156, el engobe rojo púnico o tardío tiene un alta representación con cuencos muy abiertos (3.3 fig. 12, 1, 3, 4 y 5) que, como acabamos de comentar, habría que definir como platos de borde reentrante. El engobe cubre ambas caras aunque no en todos los casos. En menor medida también se dan en esta calidad platos de ala, como nuestro ejemplar (3.3 fig. 12, 13) con el barniz prácticamente perdido.



3.3 Fig. 11. Nivel púnico. Ánforas (nº1-3), cerámica común (nº 4-12) y cerámica a mano (nº 13-15). U.E. 1041.

Sigue estando muy presente la cerámica a mano con un número importante de ollas (3.3. fig. 11, 13), cuencos (3.3. fig. 11, 14), una cazuela (3.3. fig. 11, 15) y fragmentos con decoraciones incisas y cordones plásticos.

En conclusión, la fecha *post quem* de la U.E.1041 viene dada por las ánforas del s. III o primeros años del II a.C., T-5.2.3.1, T-7.4.2.1. y T. 7.4.3.1. Los dos pequeños fragmentos, sin forma, de barniz negro de Cales y de campaninense A nos llevarían a la primera mitad del II; sin embargo los desestimamos dada su presencia excepcional y teniendo en cuenta que este nivel está alterado por zanjas de cimentación posteriores.

También es interesante la U.E.1037, enmarcada entre los muros de época mauritana UU.EE.1031, 1036 y 1043. De tierra amarillenta y arcillosa de unos 10 cm de espesor, es un relleno constructivo con abundante material orgánico y cerámico. Se corresponde igualmente a esta última fase púnica del s. III a.C., con ánforas del Estrecho T-12.1.1.1, T-11.0.0.0, T-8.1.1.2 y T-10.1.2.1, un pie de kylix (3.3. fig. 13, 4) y un borde de copa ática de figuras rojas con decoración floral sobrepintada en blanco (3.3. fig. 4, 4 y fig. 13, 2). Las categorías de cerámica común siguen estando representadas por cazuelas, cuencos, tinajas, ollas y lucernas, mientras que cabe destacar las tinajas o *pitthoi*, con o sin asas de cerámica pintada (3.3. fig. 13, 1 y 3). También perdura el engobe rojo tardío con 12 ejemplares -cuencos, platos y una enócoe- mientras que la cerámica a mano sólo cuenta con 2 individuos.

Como indicamos anteriormente, las UU.EE.1039 y 1040 fechan el momento de construcción del mencionado pavimento de grandes losas: la U.E.1040 es un estrato bajo el enlosado, de unos 10 cm de espesor, con material muy escaso y fragmentado: 12 ejemplares de cuencos y jarras de cerámica común, un sólo fragmento de cerámica pintada, otro de engobe rojo tardío y 3 bordes de cerámica a mano, de posibles cazuelas. Este estrato habría que fecharlo por una única anfora T-12.1.1.1 entre los ss. IV-III a.C. La U.E.1039 es una tierra muy suelta que traba las losas del pavimento, con escasa cerámica y fauna muy fragmentada. Dos fragmentos de una copa de barniz negro con decoración sobrepintada, tres piezas de barniz negro tipo Kuass- un cuenco y Lamb. 31- así como el resto de cerámicas -común y engobe rojo- muestran un contexto similar a las UU.EE.1040 y 1041 que nos remite al s. III. Sólo un fragmento de borde de barniz negro de Cales de la forma Lamb. 4 bajaría la cronología hasta mediados del s. II a.C., aunque lo más probable es que se trate una intrusión del nivel mauritano.

Las UU.EE.1024 y 1130 corresponden al nivel de amortización del pavimento de losas 1155-1135-1026. Los materiales marcan un término *post quem* del finales del III o inicios del II, con ánforas greco itálicas (Kbiri Alaoui cit., 189, fig. 161), ánfora cartaginesas T-5.2.3.1, (3.3 fig. 14, 1 y 3) y del círculo del Estrecho T-8.1.1.2 (3.3 fig. 14, 2, 4 y 5), y en menor medida T-11.0.0.0, T-11.2.1.6, T-12.1.1.1, T-4.2.2.5 (3.3 fig. 14, 6), T-10.1.2.1, cilíndricas (3.3 fig. 14, 7) y un ánfora de pasta cartaginesa indeterminada. Estos recipientes de transporte se acompañan de barniz negro y rojizo tipo Kuass de las formas Lamb. 23 (3.3 fig. 14, 9) y cuencos Lamb. 28 (3.3 fig. 14, 8) y de un solo ejemplar de forma indeterminada de campaninense A.

El panorama de la cerámica común es igual al de la U.E.1041, es decir, cuencos y formas cerradas, además de un ungüentario y una jarra. En cuanto a la cerámica pintada, poco representada en estos estratos que amortizan el pavimento de losas, se reduce a una tinaja y a varios fragmentos indeterminados.

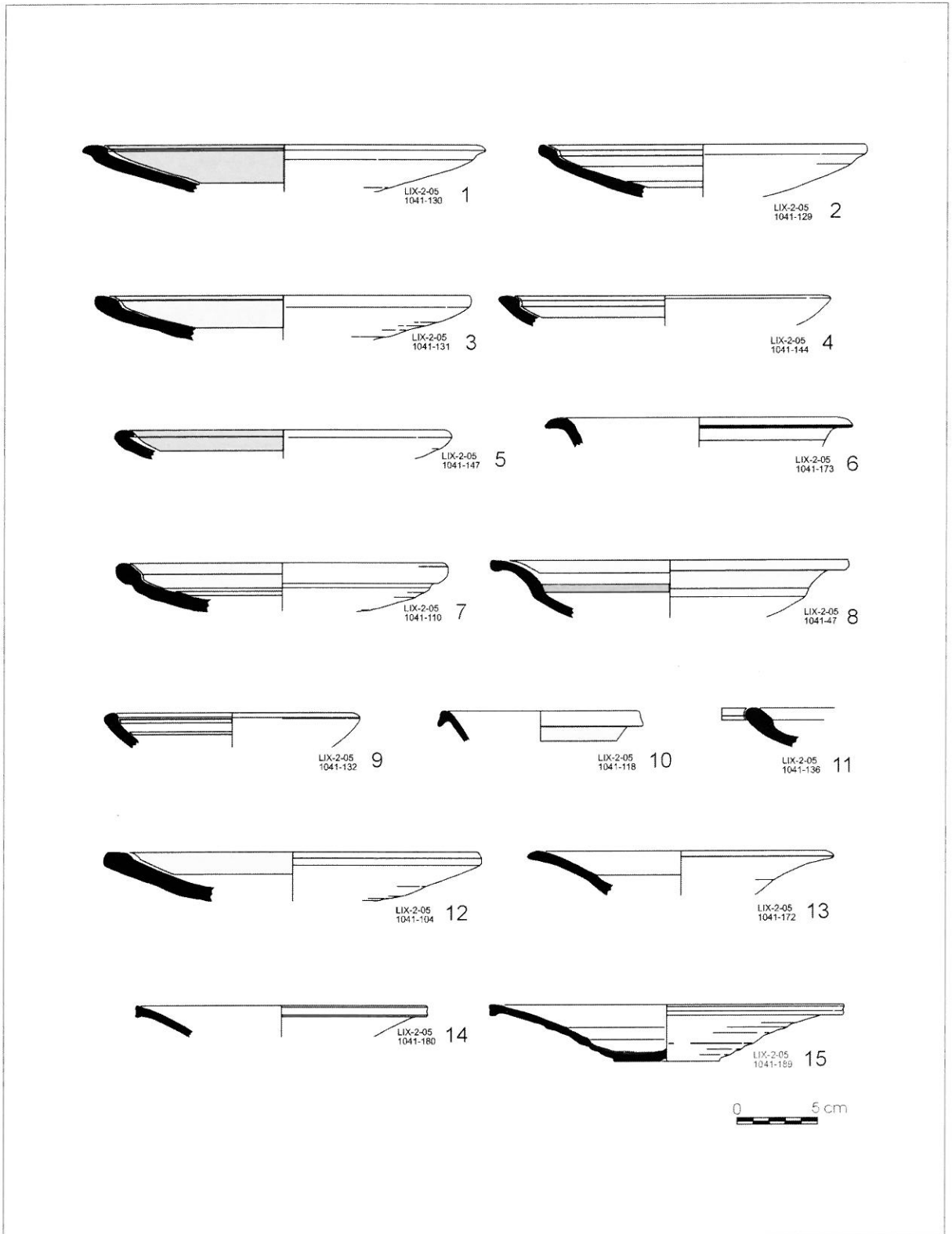
Parece que la presencia en este nivel del engobe rojo tardío, con un sólo ejemplar, y las cerámicas a mano, con 4 fragmentos sin forma, es una evidencia de su presencia residual, en los niveles de principios del s. II a.C.

A propos des amphores (H.H.)

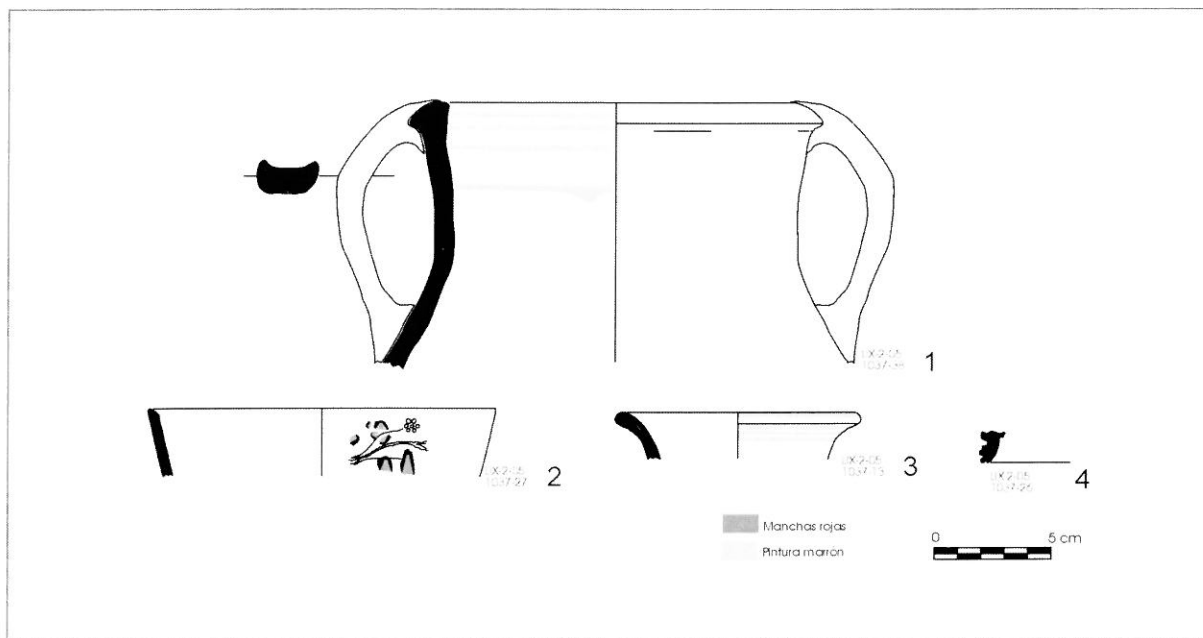
L'un des apports majeurs de la fouille de la mission maroco-espagnole dans le secteur Cámaras Montalbán consiste en la mise au jour des niveaux du V^{me}-IV^{me} s. av. J.-C. Effectivement, malgré la présence de céramique remontant à cette période historique, découverte lors des anciennes fouilles, et les nécropoles de Reqqada datées de la même période, l'existence de ce niveau à Lixus n'avait jamais été prouvée archéologiquement.

Les amphores représentées dans ce niveau sont assez rares, il s'agit essentiellement des types M.-P. A4 (T-11.2.1.3 et T-10.1.2.1), ainsi que les types T-1.3.2.4 et T-1.3.2.5.

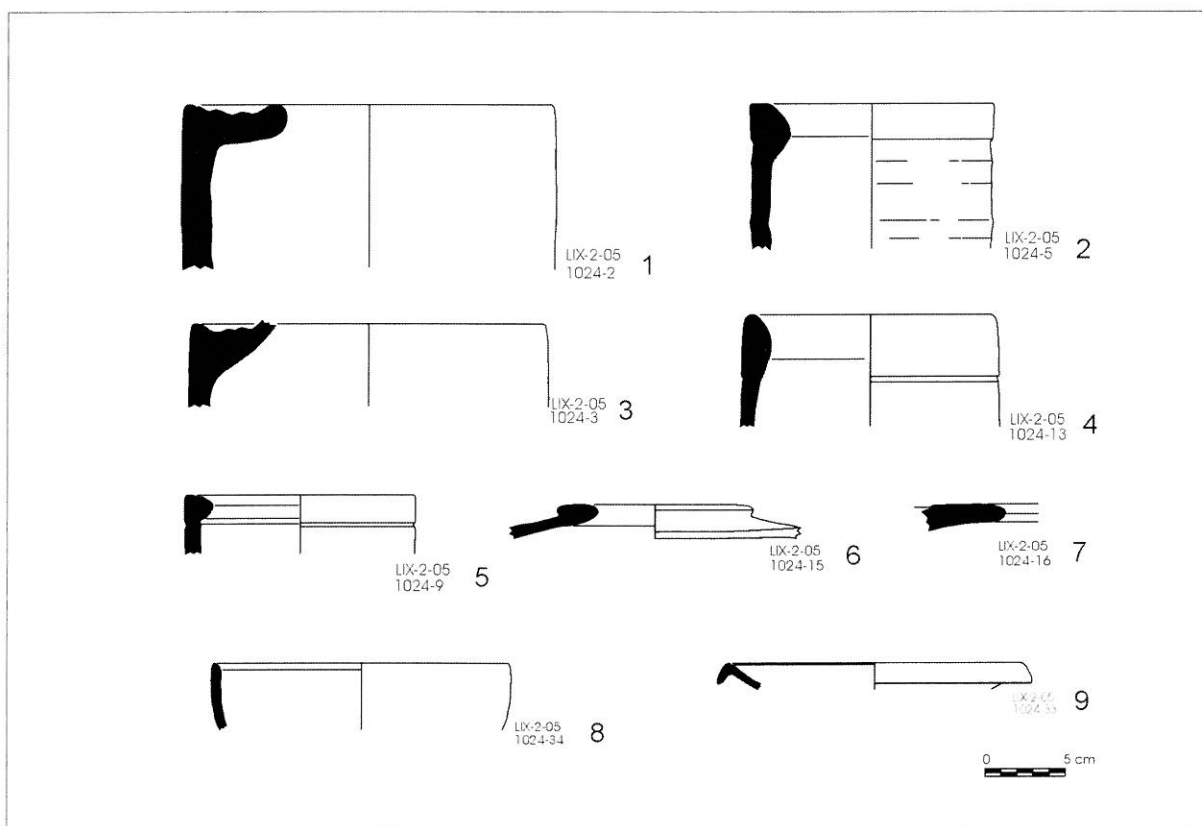
La forme T-11.2.1.3 est maintenant assez bien connue, identifiée à Lixus lors des fouilles récentes (Lixus 2005, 107 et 149, fig. 1-4), mais c'est la première fois qu'elle a été trouvée dans son contexte. Ramon (1995, 235) avait daté cette variante du type générique M. P. A4 entre 510 et 400 av. J.-C. C'est une forme qui a été également attestée dans les nécropoles de Reqqada (El Khayari, Actes du colloque des Etudes phéniciennes et puniques à El Hammamet (Tunisie), 9-14 novembre 2009), et à Kouass (Kbiri Alaoui 2005, 74-75).



3.3 Fig. 12. Nivel púnico. Cerámica de engobe rojo (nº1, 3-5, y 13). Cerámica pintada (nº 2, 6-11). Barniz negro tipo Kuass (nº 11, 14-15). U.E.1041.



3.3. Fig. 13. Nivel púnico. Cerámica ática (nº 2 y 4) . Cerámica pintada (nº 1 y 3). U.E.1037.



3.3. Fig. 14. Nivel púnico. Ánforas (nº 1-7). Barniz negro tipo Kuass (nº 8-9)

La forme T-10.1.2.1 (et non T-11.4.2.2 qui n'existe pas) représentée par deux fragments Lix. 2. 07.1156.8 et 9 (3.3 fig. 6) appartiendraient au début du niveau punique, elles sont datées par Ramon entre le milieu du VII^{ème} et le milieu du VI^{ème} s. av. J.-C.

T-1.3.2.4 (Lix. 2. 07.1156.11) (3.3 fig. 6). D'après les caractéristiques morphologiques de ce fragment, on pourrait le rattacher à la forme T-1.3.2.4 de la typologie de Ramon. Il s'agirait d'une production du sud-est de la péninsule ibérique (Villaricos ou Ibiza) au cours du V^{ème} s. av. J.-C. (Ramon 1995, 172-173).

T-1.3.2.5 (Lix 2. 07. 1160.1). US 1160 est un niveau de la première phase punique. La forme de ce bord rappelle le type T-1.3.2.5 de la typologie de Ramon (1995, 173). C'est une amphore qui serait produite au courant du V^{ème} s. av. J.-C. dans la Méditerranée Centrale (Tunisie ou Sicile Occidentale).

Lix.2.07.1156.10 (3.3.fig. 6). Fragment de bord indéterminé, nous avons hésité à l'assimiler à un type précis, mais d'après sa morphologie, il peut appartenir soit à la forme :

T-1.3.2.1 : Fin VI^{ème} s. av. J.-C., originaire de la Tunisie ou la Sicile Occidentale (voir pâte) ;

T-1.3.2.4 : V^{ème} s. av. J.-C., production probable à Villaricos ;

T-10.1.2.1 : dans ce cas, il s'agirait du type Rachgoun 1, appartenant donc au niveau phénicien.

Conclusión (C.A.G., H.B.R.)

A modo de reflexión final queremos reiterar la importancia de las recientes excavaciones en las Cámaras de Montalban por constatar, de forma definitiva, un nivel púnico que abarca desde finales del s. V hasta finales del III - inicios del II a.C. al que se vinculan unas construcciones que configurarían uno de los edificios más emblemáticos de este sector, las Cámaras Montalbán.

También, por primera vez, se pueden diferenciar dos fases dentro de este periodo. Una primera de finales del s. V y s. IV a.C. que desgraciadamente no se ha podido abrir en extensión, dada la superposición de estructuras de época mauritana y augustea. Pero aun así, el primer estrato que se asienta sobre la ocupación fenicia, la U.E.1160 (s. V e inicios del IV) data a su vez el muro púnico más antiguo documentado en Lixus (U.E.1158). Por otro lado, la trinchera de fundación (U.E.1159) data la cimentación del muro de fachada de las Cámaras Montalban en el s. IV a.C.

A la segunda fase púnica (s. III y principios del II a.C.) se vincula el gran pavimento de losas (U.E.1026 1135 y

1155) situado delante del edificio Montalbán en su cara S. Sus fechas de construcción – UU.EE 1040 y 1039- y de amortización –UU.EE 1024 y 1130- marcan un periodo de uso corto para este suelo, centrado en el s. III y principios del II, si bien alguna pieza intrusiva remite ya al siguiente nivel de ocupación, la etapa mauritana. También se van matizando algunas problemáticas interesantes como es la perduración del engobe rojo, junto con las cerámicas a mano, hasta niveles del s. III y principios del II a.C., como se había apuntado con anterioridad (Bonet *et al.* 2005, 148). En la reciente publicación de Kbirí Alaoui (2007, 101) sobre Kuass se dedica especial atención a esta producción denominada de engobe rojo tardío, despejando todo tipo de dudas respecto a su perduración en los ss. V-IV e incluso III, con formas propias de este periodo que se alejan, tanto en su tipología como en la calidad del engobe, de las primeras producciones fenicias. Los ejemplares que se presentan en este capítulo, junto con las cerámicas pintadas y a mano, proceden de un contexto bien datado y por ello de enorme interés para conocer los ss. V-IV a.C.

¹ Agradecemos a nuestro colega M. Zouak la amabilidad de habernos permitido consultar esta pieza.